

Reflexiones sobre el concepto de contraproduktividad

Jean Robert

I. Orígenes

En 1972, Illich pronunció la frase siguiente, de la que hay que ponderar cada término:

“Más allá de ciertos límites, la producción de servicios hará a la cultura más daños de los que la producción de mercancías causó a la naturaleza”.

En primera instancia, lo que tenemos aquí es una tesis económica general. Si las industrias de los servicios siguen creciendo como lo hicieron en los años 1960, destruirán la cultura. ¿Por qué? Porque los servicios vuelven a sus clientes dependientes de acciones que *otros*, generalmente anónimos, realizan *para* ellos, reduciendo su capacidad de actuar *por* si mismos. En otras palabras, instauran el reino de la heteronomía y destruyen la autonomía. Según Illich, no hay cultura sin autonomía: tradicionalmente, las culturas se fundamentan en una proporcionalidad entre lo que uno hace por si

mismo y lo que otros realizan para él. La industria de los servicios ha roto esta proporcionalidad.

Pero hay que añadir que este enunciado, que cada persona que no haya sido sometida a un sobre-entrenamiento económico entiende intuitivamente, es absolutamente incomprensible en oídos de la mayoría de los economistas profesionales. Es más: parece que esta sordera selectiva es el prerrequisito axiomático de todo el edificio teórico de la ciencia económica. Este edificio se construyó sobre bases que niegan toda verdadera autonomía. Lo que los economistas llaman erróneamente así es la capacidad de elegir entre varias opciones económicas, sean de mercancías o de servicios.

La frase de ~~el~~lich que comentamos aquí formula una ley económica fácilmente verificable que no tiene sitio en la ciencia de los economistas. Ya hemos encontrado un caso análogo con la ley que dice que “cuando en cualquier sociedad el cuantío promedio de consumo de energía rebasa cierto umbral crítico, esta sociedad será dominada por

monopolios radicales”. Otro caso de ley económica sistemáticamente ignorada por los economistas es el principio de contra-productividad. Conocemos un economista - uno de los más brillantes economistas matemáticos de Francia – que ha tenido la valentía de poner su carrera en juego para defender éste principio fundamental de toda economía en medio industrial: Jean-Pierre Dupuy¹. Hasta contribuyó a su formulación ayudando a Illich a redactar *Némesis médica* en francés. Fuera de esta excepción – y de otra que comentaremos en una nota (2) -, los economistas son sordos al sentido común. Sus teoremas no tienen formulas para expresar la idea simple que, fuera de ciertas proporciones, el intento de proveer el hombre con muletas mecánicas lo paraliza.

Finalmente, con la perspectiva que nos dan los más de cuarenta años transcurridos desde que fue formulada, la frase que comentamos abre ventanas de inteligibilidad sobre el horror que vivimos. No es una coincidencia que la violencia inaudita que padecemos en este segundo decenio del siglo XXI

¹Ver Jean-Pierre Dupuy y Jean Robert, *La traición de la opulencia*, Barcelona : Gedisa, [Paris, 1976].

afecte sociedades con un alto grado de desarrollo de los servicios y de las agencias que ejercen el monopolio radical sobre su suministro. Son sociedades cuya cultura ha padecido, según su grado de desarrollo, 20, 30 o hasta 50 años de embates profesionales supuestamente destinados a transformar toda buena vida en vida mejor. Pero, otra vez, los economistas y los políticos que los siguen servilmente son estructuralmente incapaces de percibir cualquier correlación entre el desarrollo de los servicios y la ola de violencia que nos está sumergiendo.

Esto demuestra que existen leyes económicas elementales que los economistas no pueden entender so pena de dejar de ser economistas profesionales² y que los políticos no pueden reconocer sin perder las intenciones de voto de su clientela electoral. La más fundamental es la que comentamos aquí y que – lo repetimos - postula que *más allá de ciertos umbrales, la producción de*

² Unas excepción es el famoso economista francés Edmond Malinvaud que, en una reunión en Tokio, exhortó a sus colegas a reconocer la “ley de contra-productividad”, que va más lejos que la reconocida “ley de los valores de calidad variable con la cantidad” que los economistas franceses conocen como “encombrement”. El principio de contra-productividad, insistía Malinvaud, permite considerar la relación entre capacidades autónomas y los sustitutos heterónomos a éstas capacidades. No muy amigos del sentido común, los economistas desoyeron este llamado.

servicios inmateriales hará más daños a la cultura que la producción de mercancías materiales ya causó a la naturaleza. Es la frase fundacional del período de cinco a seis años, durante los cuales, Cuernavaca fue una referencia imprescindible en los itinerarios del pensamiento crítico mundial.

Otro aspecto de la formulación particular de ésta ley económica fundamental es que, históricamente, era una respuesta al *Club de Roma*. Los participantes y oyentes de más de sesenta años habrán oídos hablar de este areópago de políticos, economistas y científicos de varias afiliaciones y “ciudadanos preocupados” del desafío que, en su tiempo, pareció lanzar a los postulados básicos de la sociedad industrial; como temo que los más jóvenes lo ignoren, trataré de presentarlo en un párrafo.

El llamado *Club de Roma* fue fundado en 1968 por un pequeño grupo reunido por Aurelio Peccei y Alexander King. En 1970, el club encargó a 17 científicos del MIT de Boston un estudio sobre la evolución del “estado del mundo” de aquí hasta dentro de un siglo, explorando varios escenarios

como: 1. el crecimiento de los consumos de mercancías y de la energía necesaria para su producción se acelera (crece la “derivada” del crecimiento); 2. se desacelera (decrece la “derivada” del crecimiento) 3. los niveles de producción dejan de crecer . En 1972, estos científicos, encabezados por la biofísica Donella Meadows, presentaron las conclusiones de sus trabajos en un libro titulado *Los límites al crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*³. Este libro tuvo un notable impacto porque decía públicamente lo que mucha gente ya sospechaba: el imperativo de hacer crecer una economía centrada en la producción de bienes materiales o mercancías sólo podía llevar a catástrofes ecológicas como la contaminación del aire y de los mares y el calentamiento de la atmósfera. Basándose en éste reporte, el club pudo proponer una economía en la que la producción de mercancías decrecería gracias a varias medidas como el fomento de bienes más duraderos y la prohibición de los mecanismos de obsolescencia programada. Hasta aquí, la

propuesta era de sentido común. Pero el Club también ideó evitar un decrecimiento general de la economía recomendando una aceleración de la producción de servicios inmateriales. La “ley de destrucción de la cultura por la producción excesiva de servicios” fue inicialmente formulada por Illich para denunciar un error esencial en los planteamientos del Club de Roma.

En ésta tesis o “ley” está contenido, como en una cáscara de nuez, el programa de los años 1972 a 1976 de Illich. Como lo dirá más tarde, durante esos años no pretendió reformar la escuela, sino denunciar el despilfarro de recursos, las injusticias en su distribución y el desgaste de entusiasmos ocasionados por los mitos de la escuela obligatoria. No quiso proponer sistemas de transporte más eficientes y ni siquiera hospitales menos malos que los que existían, sino elucidar la sinergia negativa entre la proliferación de los servicios y la cultura. No se trataba de hacer la misma cosa con otros medios, sino de repensar a fondo nuestras certezas económicas las menos cuestionadas. Repito con

otras palabras la tesis de Illich sobre la cultura y la sobre-producción de servicios de todos tipos para evitar todo malentendido sobre sus intenciones: más allá de ciertos umbrales, la intensidad de la producción de servicios será necesariamente un indicador del grado de destrucción de la cultura por el sistema industrial. Repitémoslo: se trata de una comprensión de la economía para la que los economistas profesionales no tienen conceptos ni palabras.

En cierto momento Illich creyó que era posible hacer aceptar la evidencia a los economistas, lo que intentó con el apoyo de algunos jóvenes economistas ya prestigiosos pero aun no conformistas. Más tarde, admitirá que todo debate fundamental sobre la economía tiene que protegerse de toda ingerencia profesional. ¡Evidentemente!